

este sentido, y puesto que el proyecto aspira a alcanzar objetivos que son obligación de las administraciones, hay que preguntarse cómo corresponsabilizarlas. Aquí nos tropezamos con otro gran reto estructural del modelo de gestión de servicios básicos que tenemos: ¿cómo garantizamos un equilibrio entre la relación de fuerzas y la influencia de determinados actores?

Teniendo en cuenta los retos anteriores, la estrategia que seguimos se basa en reconocer el conocimiento situado que posee la ciudadanía, en intentar articular el conjunto de miradas y perspectivas existentes, y en valorar y reconocer así el poder de la ciudadanía. Esa es la filosofía que sustenta el *crowdsourcing* de datos a través de los mapas y la que creemos que legitima el proceso de demanda de reconocimiento, de creación de espacios para la ciudadanía y de redistribución de poder que solicitamos a las administraciones.

En el diseño de un proceso híbrido como el de (Co)incidim, cabe preguntarse cómo conectar los procesos digitales y los presenciales y, más importante todavía, cómo evitar la generación de una nueva desigualdad —la digital— en un proyecto que quiere hacer accesible el derecho a la participación.

Con este proyecto, nos hemos encontrado también con retos respecto al diseño de la plataforma Decidim. Si se apuesta por adaptar la plataforma a necesidades específicas, como la que vemos en (Co)incidim, es necesario explorar las potencialidades de componentes como el de “propuestas”, que actualmente se enfoca mucho a demandas hacia la Administración, o pequeñas modificaciones que podrían facilitar la participación ciudadana, como sería permitir la posibilidad de añadir una propuesta o enmienda en un solo paso o explorar una mejor visualización e interacción con Decidim desde dispositivos móviles.

Por último, el deseo que tenemos es que (Co)incidim pueda convertirse en una semilla para muchos proyectos más impulsados desde la ciudadanía y que contribuya así a la ola social de ruptura con el sistema democrático tal como se entiende hoy en día. La decisión de implementar nuevas herramientas y mecanismos en los que participar es, en sí misma, una herramienta de presión y de reclamación de una redistribución del poder. Coincidir en el impulso de este tipo de proyectos se convierte en una huella imborrable en el camino hacia la democratización de nuestras sociedades.

Marta Anducas

(Platoniq. Creativity & Democracy)

Dante Maschio

(Enginyeria Sense Fronteres)

Autonomía tecnopolítica Qué significa y por qué Decidim es un buen ejemplo

Por Xabier E. Barandiaran (Universidad del País Vasco)



1. Decidim y la filosofía

En uno de tantos encuentros que en la era pre-COVID solían acompañar a la tecnopolítica municipalista, Pablo Aragón subrayó que se notaba que Decidim estaba liderado por un filósofo, MetaDecidim era un ejemplo de ello. Por aquel entonces yo llevaba dos años alejado de la academia, sumido en las complejidades de la máquina administrativa, de la fábrica de Github, y de la vida participativa de la Ciudad Condal. Nada me parecía más alejado de la filosofía que aquella vida. Pero el comentario de Pablo me hizo reflexionar. En algo tenía que influir mi formación, mi carrera en el proyecto que entonces ocupaba mi vida. No sólo había movilizado los recursos de mi vida activista para gestionar y coordinar el proyecto Decidim. Tampoco era el hacktivismo ajeno a la filosofía.

Pero en aquel momento no había tiempo para reflexionar y dejar volar a Minerva. Con el tiempo y la distancia he logrado alzar la mirada al pasado y hacer aflorar la manera en la que, consciente o inconscientemente, hemos ido construyendo Decidim colectivamente, guiados por principios e ideas que surgieron entre tantas otras conversaciones en las trincheras del despacho, las reuniones, los cafés y los pasillos. Si existe un hilo conductor entre una larga y colectiva conversación filosófica y Decidim es sin duda el marcado por los conceptos de Autonomía y de Tecnopolítica.

2. Autonomía, Libertad, Vida

Del griego *auto* (uno misma) y *nomos* (norma, costumbre, ley) la palabra autonomía alude a la capacidad de gobernarse a sí misma, de dirigirse de acuerdo a principios establecidos por una misma. Desde la modernidad (incluso mucho antes) el concepto de autonomía ha sido clave en la autocomprensión del ser humano y en las aspiraciones de libertad, agencialidad y reconocimiento que guían nuestro comportamiento. “¿Quiénes somos?”, “¿A dónde vamos?” Son preguntas que presuponen que no nos llevan, sino que caminamos, que no somos un *qué* sino un *quién*, que somos sujetos y no estamos sujetos (aunque un sinfín de medidas de sujeción nos permitan caminar en un mundo que nos hace cada vez más ortopédicos), que somos, en definitiva *libres* (aunque caminemos constantemente encadenados).

Más allá, o más acá, de un marco jurídico o político, el concepto de autonomía ha guiado también las investigaciones sobre el origen y la naturaleza de los seres vivos. Un sistema está vivo en la medida en que es autónomo, es decir en tanto que es capaz de producir y reproducir las condiciones de su propia existencia, de construirse y repararse orgánicamente, de crecer y coordinar sus órganos, de distinguirse de su entorno y evitar ser destruido. El metabolismo celular es la expresión más concreta y clara de esta autonomía: una cé-

lula construye y repara su membrana que la diferencia de su entorno creando un “yo” biológico, al mismo tiempo absorbe moléculas de su entorno para incorporarlas a una red distribuida de reacciones químicas que se mantiene constantemente activa generando energía para alimentar su propio funcionamiento y producir y reparar su propia estructura material. La biología es ciencia (y es una ciencia diferente de la química orgánica o de la propia mecánica) precisamente porque los seres vivos producen sus propias normas de existencia: definen qué es bueno y malo para sí mismos, se regulan y comportan de acuerdo a ello, desarrollando en el camino sus propias preferencias, sus formas de vida, cada una de las cuales requiere estudiar su fisiología, su historia, su forma de ser. Esta forma es la que Aristóteles llamó alma, *anima* en latín, de la que se derivan palabras como “animal”, pero también “ser animado”, o “insuflar ánimo” o “re-animar” a alguien moribundo. La potencia de la vida se muestra como capacidad de auto-creación, *autopoiesis*, de esa forma capaz de mantenerse a sí misma¹.

El de la autonomía es además un concepto insustituible para comprender algunas de las aportaciones más importantes de la psicología y la neurociencia contemporáneas. Los seres con mente, con *psyché* (otra de las formas Aristotélicas, de las que se deriva la palabra “psicología”), somos aquellos capaces de determinar nuestras reglas de comportamiento, de tomar consciencia de nuestros deseos y actos, de guiarnos por nosotros mismos. Dicho de otro modo, son seres con vida mental aquellos organismo capaces de una agencialidad autónoma, no determinada por reacciones innatas e inconscientes, ni gobernada por fuerzas externas sino por una actividad endógena y reflexiva. A nivel neuro-fisiológico somos personas libres en cuanto a que podemos

modificar, a través de nuestro propio actuar, las conexiones neuronales que gobiernan nuestro comportamiento. La plasticidad neuronal, el crecimiento de las dendritas (los brazos celulares que unen a las neuronas en la vasta red que es el cerebro) y la modulación química de las sinapsis (la superficie en la que las neuronas se dan la mano transmitiendo químicamente la actividad eléctrica de unas a otras) se modifican en función de la actividad misma de las propias neuronas y del cuerpo humano en interacción con su entorno. En este sentido el cerebro es un órgano que se configura y se gobierna a sí mismo como resultado de su propia actividad. Estas modificaciones son especialmente profundas cuando emerge una actividad integrada y coordinada a lo largo y ancho de todo el cerebro, como si se tratara de una suerte de consenso global: es lo que diversas teorías neurocientíficas identifican como los momentos de máxima consciencia.

De entre los seres vivos, los humanos somos los que nacemos más prematuramente, con mayor plasticidad y con el periodo más largo de desarrollo hasta la vida adulta (tanto en términos absolutos como en proporción a la vida media de cada organismo). Nacemos y crecemos vulnerables, necesitados, y dependientes en la misma proporción. El juego, ese espacio virtual de seguridad en el que asumimos, adaptamos, e inventamos la reglas de interacción, es el lugar privilegiado de crecimiento y aprendizaje, de desarrollo autónomo de las capacidades humanas. Ese juego requiere siempre de un margen de protección y de cuidado, de seguridad y confianza que provee el resto de la sociedad. Durante el periodo de desarrollo (que dura toda la vida) somos autónomos pero dependientes, inter-dependientes, lo que conlleva a una socialidad radical de nuestra propia identidad, un estar siempre abiertas a las demás.

En el marco ético el concepto de autonomía alude a la libertad positiva, a ser capaz de actuar en

consciencia, de manera reflexiva, de acuerdo a deseos y motivaciones propias y auténticas y sin sometimiento o coerción de otros agentes. Si viniéramos al mundo genéticamente determinados o completamente programadas por nuestra sociedad no podríamos entendernos como responsables de nuestra conducta, ni dueños de nuestro destino, no habría margen de manobra, capacidad de acción, posibilidad de cambio, todo quedaría reducido a una cadena de eventos. Igualmente desposeídas de libertad nos encontraríamos en el otro extremo, cuando estamos sometidas al dominio de otras personas o estructuras sociales a través de la amenaza de una violencia aniquiladora, mediante el disciplinamiento sistemático de nuestra vida institucionalizada, o cuando actuamos incapacitadas por el miedo o la ignorancia.

En el ámbito de lo socio-político la autonomía se refiere a la soberanía de un colectivo o territorio sin la forma de la dominación o la sumisión a una estructura jerárquica o burocrática. El filósofo Cornelius Castoriadis sitúa en la Grecia clásica el origen de esta conquista de la autonomía social, en las *polis* griegas capaces de cuestionar y re-programar los códigos de conducta heredados y de hacerlo a través de mecanismos democráticos (asambleas ciudadanas, consejos, jurados por sorteo, etc.).

3. Tecnopolítica y autonomía en la era digital

La vida está soportada y sostenida por estructuras que van más allá de lo que los individuos pueden hacer por sí mismos. La autonomía se extiende y sostiene siempre sobre un entorno que es a su vez alterado y construido por los propios sistemas autónomos. Las células, las mentes, las sociedades, se expanden siempre más allá de la membrana, la piel, la mura-

lla: construimos biofilms, nidos, andamios, infraestructuras, ciudades y redes. Artefactos (de *ars* + *factum*, habilidad hecha cosa) que existen y persisten más allá de los individuos, tecnologías que articulan saberes y expanden la autonomía humana con bastones, ruedas, bicicletas, barcos, automóviles y aviones; con monóculos, gafas, telescopios y rayos-X.

Algunas tecnologías prometen y permiten conectar las vidas mentales y coordinar el comportamiento animal de maneras extraordinariamente sutiles. Imagínate que pudieras transmitir tus pensamientos simultáneamente a cientos de organismos, inculcarles tus ideas y pasiones sin tocarles siquiera, absorber igualmente sus experiencias y saberes; construir junto a ellos tus deseos, hábitos y proyectos. Todo eso ya es posible gracias a la tecnología más poderosa que haya inventado jamás el ser humano: el lenguaje. Miles de años después de su invención fue posible hacer perdurar y viajar en el tiempo y en el espacio sus palabras a través de la escritura. Siglos después podemos transmitirlos de forma escrita, dicha o actuada a la velocidad de la luz a través de un mensaje de chat, una llamada telefónica o una videoconferencia. Hoy existe un silencioso ejército hiperconectado de esclavos que obedece ciegamente la voz de su amo, su palabra inscrita: el código. Sin autonomía, sin pasión, sin vacilación, los ordenadores ejecutan miles de millones de instrucciones (lo que equivaldría a devorar varios millones de libros) cada segundo, de cada minuto, de cada día, en cada bolsillo.

La política es el espacio de producción y destrucción de la autonomía colectiva, de la capacidad de hacer cosas juntamente o de someter a otros para que las hagan. La tecnopolítica es la manera en la que esa articulación del poder político se realiza a través de los artefactos (su producción, manipulación, configuración y control) sobre los que se extiende la vida individual y so-

¹ Este nivel de organización de la materia autonomía significa principalmente capacidad de producir, reproducir, reparar y modificar adaptativamente la infraestructura orgánica en los seres vivos (volveremos sobre esto con Decidim).

cial². Junto al surgimiento del lenguaje y la escritura pocas extensiones tecnológicas han tenido más efecto sobre la política que la invención y expansión del dinero: la abstracción del valor de intercambio entre bienes y servicios y su puesta en circulación sin atadura directa con las personas, los bienes y los servicios que representa. La autonomía originaria de la sociedad griega (masculina, ciudadana, no-esclava, pero sociedad al fin y al cabo) quedó progresivamente desdibujada a lo largo de la historia y las democracias contemporáneas apenas logran hoy cuestionar su fatídico sometimiento a un sistema económico y financiero cada vez más global, poderoso y, este sí, cada vez más autónomo.

En las últimas décadas se ha ido dando un profundo cambio de las relaciones de poder que las tecnologías hacen posible. La combinación entre los flujos de capital y ese ejército de computadoras obedientes ha dado paso a la creciente acumulación de poder tecnológico de las grandes corporaciones digitales. Es lo que Shoshana Zuboff ha venido a llamar “Capitalismo de la vigilancia”: la última mutación del capitalismo informacional a un mercado de futuros del comportamiento humano: el control efectivo de nuestra libertad y su venta al por mayor a través de la extracción masiva de datos, su procesamiento con Inteligencia Artificial y la manipulación de entornos digitales con la capacidad de predecir y orientar nuestro futuro. Esto supone una amenaza sin precedentes a la autonomía humana (personal y colectiva) como los casos de *Cambridge Analytica* y más recientes filtraciones de trabajadores de Facebook han revelado. La autonomía humana está en ven-

ta, mecanizada, digitalizada, desprovista de vida, *emosidoengañado* como sistema de gobierno digital personalizado.

4. Decidim como proyecto tecnopolítico autónomo

En este contexto es preciso definir y dotar de contenido al concepto de autonomía tecnopolítica³ como la *capacidad (de todas y de cada una) de diseñar, producir, desplegar y administrar los entornos tecnológicos que determinan nuestras relaciones sociales*. Decidim, y la comunidad MetaDecidim, instituyen uno de los ejemplos globales más avanzados de autonomía tecnológica: una comunidad capaz de diseñar y mantener democráticamente el entorno digital que utiliza para su propio autogobierno, ofreciendo al resto del mundo la oportunidad de apropiarse y adaptar este entorno para reforzar y aumentar su propia autonomía.

La autonomía tecnopolítica tiene implicaciones tan complejas, profundas y extendidas como lo son nuestros entornos tecnológicos y sociales. La mejor manera de atender a estas implicaciones y comprenderlas es describir la forma en la que el proyecto y la comunidad Decidim se han hecho cargo de desarrollarlas.

La primera y la más visible de las contribuciones de Decidim a la autonomía tecnopolítica es el propio servicio digital que es posible desplegar a través

de sus software: toda una infraestructura de plataforma para la democracia participativa (la más avanza, completa y configurable del mundo en estos momentos). Son muchas las virtudes y características del diseño tecnopolítico de Decidim y no hay espacio aquí para enumerar todas pero sí para resaltar algunas de las más innovadoras. Entre ellas destaca la sensibilidad a las hibridación entre espacios presenciales o virtuales pero sincrónicos (en los que la voz, la imagen corporal y las interacciones en tiempo real son el medio fundamental de producción democrática) y los espacios digitales o asíncrónicos (en los que la textualidad, pero también la imagen, la organización visual y digital de la información y las interacciones a diferentes escalas temporales son dominantes). Esta hibridación permite entrelazar la potencia de la digitalización con las prácticas y modos de vida democrática pre- o extra-digitales y viceversa.

Igualmente importante ha sido en Decidim la co-producción de la arquitectura de la participación atendiendo a las diversidades y necesidades de diferentes tradiciones democráticas, organizativas e institucionales. Otra importante virtud del modelo democrático que permite desplegar el Decidim es la de poner en el centro las propuestas (más que a las personas), asegurar su integridad y su trazabilidad, así como su conversión en acciones específicas y/o políticas públicas y su seguimiento. La protección de la privacidad de las personas, su anonimato y el secreto de voto es otra de las grandes virtudes de la manera en la que se entiende la participación democrática en Decidim. No menos importante es la forma en la que Decidim permite trascender la participación individual a través de un complejo sistema de órganos o asambleas, así como a través de agruparse y expresarse de manera colectiva, y mediante la posibilidad de producir propuestas de manera colaborativa y reconocible, tanto en encuentros como en procesos digitales de colaboración asíncrona. Pero nada de esto tendría valor verdaderamente tecnopolítico si no existiera un

proceso paralelo de democratización de la propia infraestructura tecnológica.

Es a nivel del código y de su producción que encontramos algunas de las características más notables de autonomía tecnopolítica del proyecto Decidim, empezando por su código informático abierto, libre y accesible. La licencia Affero-GPLv3 permite y exige que cualquier persona que participa a través de la plataforma tenga acceso al código y lo pueda leer, auditar, utilizar, modificar y distribuir sin ninguna traba legal o técnica que encierre el sistema informático bajo la forma de la propiedad. Pero incluso con una licencia de este tipo hay muchas maneras de ofuscar o dificultar que la apropiación del código sea verdaderamente democrática. Una de ellas es tener una arquitectura interna que no permita una colaboración fácil. Decidim nació justamente para hacer frente a este problema presente en otras plataformas y optó por una arquitectura modular, colaborable y configurable. También son importantes otros aspectos de la arquitectura como las APIs (o interfaces de datos) que hacen que las operaciones de cada módulo puedan ser auditadas por terceros y ofrecen así transparencia en tiempo real de la actividad de la plataforma.

Muchos proyectos de software intentan sacar ventaja económica y competitiva haciendo que sus productos de software libre no funcionen adecuadamente sin su integración con otros servicios de pago, privativos o controlados por los intereses comerciales que guía el proyecto. En el caso de Decidim el compromiso es constante para evitar estos cercamientos y asegurar que los servicios anexos sean también libres (servidores de mapas, de videoconferencia, estadísticas, etc.). Y no sólo el software es libre, también los son todos los aspectos del diseño gráfico: iconos, tipografías, cuadros, botones, etc. Democratizar el software exige también rebajar las dificultades de uso, comprensión y adaptación. Para ello Decidim cuenta con un complejo y abierto sistema de

2 “[E]ntenderemos por “política” la estructura y el flujo del ejercicio del poder en un determinado sistema social u organización. “Poder” es la capacidad de estructurar o influir con una finalidad sobre el comportamiento individual o colectivo. Por “técnica”, entendemos la intervención del conocimiento sobre la materia (física, corporal, social), siendo la «tecnología» la dimensión sistémica y sistemática de los efectos estructurantes y estructurados de dicha intervención. La “tecnopolítica” es, por tanto, la capacidad de determinar el comportamiento en un sistema social a través de la manera en que la intervención del conocimiento sobre los cuerpos (maquinicos, biológicos o sociales) organiza dicho sistema.” (Barandiaran, 2019, p. 177)

3 Algunas personas han buscado refugio en el concepto de “soberanía tecnológica” para hacer frente a las amenazas alienantes y dominantes del desarrollo tecnológico corporativo. Sin embargo el concepto de soberanía alude a una posición de superioridad, supremacía o poder-sobre que ejerce precisamente el soberano sobre sus súbditos. Generalmente se entiende que debe ser el Estado quien asuma ese rol supremo que vele por los derechos de sus ciudadanos. Desde Decidim se ha optado generalmente por el concepto de “autonomía tecnológica” por ser este, como venimos desarrollando, un concepto asentado sobre la noción de poder-con, que implica una participación fundamentalmente descentralizada de los componentes de un sistema autónomo en lugar de su sometimiento a una autoridad (que pudiera o no, a su vez, estar administrada por poderes escogidos democráticamente).

documentación, que incluye guías de instalación, configuración y uso.

Pero el mayor logro en la tarea de contribuir a la autonomía del proyecto está sin duda en el espacio intermedio entre la capa política del tipo de democracia que hace posible y la capa técnica que lo realiza: MetaDecidim, la comunidad tecnopolítica que gestiona el común del proyecto. Se trata de una comunidad democrática que se encarga fundamentalmente de diseñar y debatir las nuevas funcionalidades de la plataforma, de dar apoyo técnico, educativo, y político a administradoras y usuarias de la plataforma, de articular discurso y narrativas en torno al proyecto de democratizar la tecnología y de desarrollar tecnologías para la democracia y de gobernar los diversos aspectos del proyecto. Entre ellos destaca la asociación Decidim que da sustento jurídico a todo el proyecto y que progresivamente se está encargando de canalizar y gestionar la coordinación del desarrollo y el mantenimiento de las infraestructuras del proyecto. Detrás de la asociación y la comunidad existe un complejo ecosistema de agentes (instituciones públicas, asociaciones, fundaciones, empresas y cooperativas pero también investigadoras, *hackers*, científicos de datos, desarrolladoras, activistas o ciudadanía) que se coordina a través de los diferentes órganos, procesos y eventos de participación de la comunidad y plataforma MetaDecidim. Hasta hoy el desarrollo del proyecto ha sido el resultado de un partenariado público-común en la que diversas instituciones públicas (principalmente, y lideradas por, el Ajuntament de Barcelona) sostienen el espacio de seguridad y cuidados necesario para la emancipación progresiva del proyecto.

5. Más allá de la autonomía tecnopolítica

Es la circularidad fundamental entre desarrollar una tecnología para la democracia y demo-

cratizar el desarrollo tecnológico lo que hace que Decidim sea un proyecto especialmente modélico desde el punto de vista de la autonomía tecnopolítica.

Hacer frente a la complejidad de los retos de un mundo tan interconectado y opaco como el que vivimos va a exigir una capacidad de coordinación participativa sin precedentes. En el arco más amplio de la lucha por la supervivencia humana Decidim puede aportar la infraestructura decisiva para potenciar las inteligencias colectivas productivas frente a la inteligencia artificial extractiva. Decidim hoy ya contribuye a la organización municipalista, a la auto-gestión de las cooperativas de producción y consumo, a la gestión de los comunes, a la coordinación multi-escala de múltiples espacios asociativos, a los retos de diseñar democráticamente las líneas de investigación científica a nivel internacional o a la coordinación a gran escala de varios movimientos sociales. Su futuro es un conjunto de *Pull Requests* que están aun por realizar.

Si entendemos que la vida se caracteriza por su capacidad de producir y modificar las infraestructuras orgánicas necesarias para su propio mantenimiento, si la mente y la consciencia humanas se asientan en la capacidad del cerebro para modificarse de manera coordinada a través de la actividad que genera, si la autonomía política se fundamenta en la capacidad de cuestionar y re-definir los códigos de comportamiento social, entonces quizás también podamos embarcar en Decidim nuestros proyectos conscientes de vida democrática. Y entender también que para que la libertad no termine donde empieza el beneficio de las grandes corporaciones del capitalismo digital, la libertad de todas y cada una de nosotras debe empezar allí donde empieza la de los demás; y que eso requiere construir conjuntamente, democráticamente, los espacios de vida, *a través* de los digital y *atravesando* lo digital hacia las condiciones que lo hacen posible.

Technopolitical autonomy all the way up, all the way down, all the way through.

Una de las peculiaridades del concepto de autonomía es que siempre es incompleto, siempre está en pugna: los seres autónomos somos precarios y vulnerables por naturaleza, la misma cualidad de auto-modificación que nos hace libres nos abre a una fragilidad radical, a una vulnerabilidad a los otros y a la oportunidad de ser capturados para otros fines, de ser obligados, amenazados, seducidos, moldeados. Por eso la libertad, individual y colectiva, es siempre una tarea inacabada, una posibilidad afirmada, frustrada y amenazada por igual. Si existe y en la medida en que existe, es porque existe también el impulso de afirmar la vida, de resistir la opresión, de adaptarse a las nuevas amenazas, de disfrutar de los nuevos desarrollos. Parafraseando a Eduardo Galeano podemos decir que “somos lo que hacemos para reprogramar lo que somos”, Decidim es el programa *para* hacerlo, MetaDecidim es el programa *de* hacerlo.

Xabier E. Barandiaran

(Universidad del País Vasco)